

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ANA MARIA FACUNDO

INVENCION DE LA LUZ

EDITORIAL VOSGOS, S. A., BARCELONA, 1978. [118 PAGES.]

Sigue, con fortuna, la tradición de las mujeres poetas de las Islas, Ana María Facundo, desde María Viera y Clavijo, en el siglo XVIII, hasta Chona Madera, Pino Ojeda y Pilar Lojendio, pasando por Victorina Bridoux y Angela Mazzini, del siglo pasado, sin contar con las originales poetisas actuales. Todas tienen algo, en sus obras, de su personalidad femenina, sea amorosa, elegiaca, mística o nostálgica, dentro de una diversidad de formas y tensiones poéticas que no es este el lugar para precisar.

Ana María Facundo se destaca en éste, su último libro de poemas, como un poeta de enorme intensidad emocional y expresiva, dentro de una corriente literaria más universal que sus antecesoras o contemporáneas, cuyas raíces están en los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII, y cuyas fuentes más próximas se encuentran en la gran escritora norteamericana Emily Dickinson, que nuestra poeta tan bien conoce. Encuentro en *Invención de la luz* un paralelo con el conjunto de la obra de aquella poetisa, precisamente en ese sentido de invención, reinención o creación de un dios, que unas veces fue padre, otras amante o esposo, pues del mismo modo Ana María declara en unos de sus poemas:

Locura de tenerte tan isla adentro de mis pulsos
tan sima de misterio en mis raíces,
tan dios.

«Locura», p. 99.

Todo el libro es un solo y único poema de amor creador dividido en tres partes o momentos, que corresponden también a los tres estadios del camino místico: «La invención de la luz», «Tinieblas» y «Reinvención de la luz». Como se puede observar «la noche oscura del alma» (Tinieblas) se queda prisionera, en la obra de Ana María Facundo, entre dos iluminaciones del alma y del cuerpo, que son la llegada y la vuelta del amado, por el cual todo se crea y se vive, en la poesía y el amor:

Acto de amor. De humildad.

... ..

y restalla la luz

y me crea

y me recrea

dios, al fin, entre mis muslos de mujer.

«El Poema», p. 28.

Mas la poesía de Ana María es de aquí, del mundo real y tangible. Sus esperanzas de perpetuidad se basan en la invención de los seres de carne y hueso, en sus poemas, de los que dice:

Sabed que yo os invento

porque vosotros me inventáis con vuestros gestos dolidos...

«Entrega», p. 14.

que es la misma idea de Unamuno cuando dice que el autor, el hombre, Dios, existen por sus obras o por sus hijos que son los que los crean. Lo mismo que en la Biblia y en esta obra, el universo, las cosas, el hombre, todo existe por la palabra, por el nombre que los ha creado. Significativo, pues, para entender esta poesía es el poema «Humanidad», que comienza

Si yo no te nombro, tú no tienes un espacio, un tiempo,
ni un puñado de ternura para llevarte a los labios,

pero también el yo implica un tú, que a su vez crea nombrándolo:

Si tú no me nombras,

si no me sueñas en tus sueños

yo no habré jamás existido, punta inhiesta la isla.

«Humanidad», p. 40.

Y de ese yo y de ese tú, que se crean nombrándose recíprocamente, depende el mundo, como dice en esos dos dodecasílabos finales del poema:

Si tú no me nombras. Si yo no te invento.
No habrá existido jamás el universo.

No se entiende esta poesía sin la fe en la palabra; por eso en muchos casos la poetisa va en busca de nuevos vocablos para inventar su luz, su mundo. Así dirá «Universarnos», «contramuerte», «frutear»; pero ella no necesita crear nuevas palabras para recrear el amor o el universo, le basta con reinventar e iluminar, con su verso, las palabras simples: «Luz», «amor», «cuerpo», «dios», «espacio», etc. Generalmente esas palabras aparecen integradas en su mundo poético a través de la metáfora o la imagen visionaria, como en muchos poemas de Aleixandre, como «oscuro hueco sin tacto de luz» (p. 70), «estilete de voz en un canto de tactos» (p. 89), «a dentelladas sordas de ternura». Así, pues, en *Invención de la luz*, tenemos una poesía que busca, a través de la forma libre, aunque perfectamente unitaria, el mundo que se crea a sí mismo desde las hondas raíces del ser, incluso desde «mi isla en soledad de madres», para recrear por el amor y el verso el primer día del mundo. Poesía universal y del terruño, abstracta y concreta, metafísica y sensual, grande y humilde.

Sebastián DE LA NUEZ